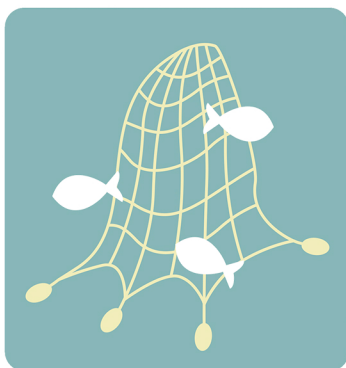
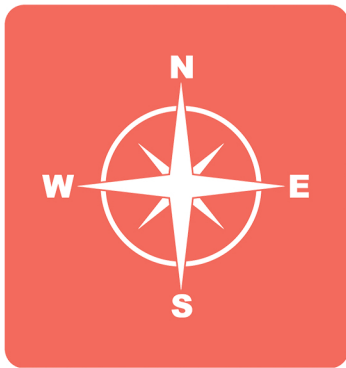
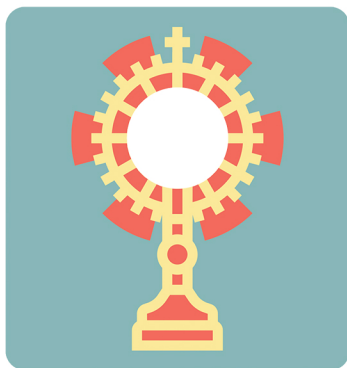


Programación General del Curso



somos encuentro



2025-26

Somos Encuentro

PROGRAMACIÓN GENERAL DEL CURSO 2025-26

FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA MANUEL SIUROT



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT

Índice

Presentación 1

Contexto eclesial de nuestra misión 3

En continuidad con el camino recorrido hasta ahora 7

Lema del curso: Somos encuentro 13

Objetivos del curso 23

Presentación

Alcanzamos la que es nuestra tercera Programación General del Curso como Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot. La Fundación Diocesana, que nació un 24 de junio de 2022, poco a poco, va afianzando sus pasos con el objetivo de ofrecer una educación cristiana en la que cada persona cuente como única e irrepetiblemente valiosa (cf. Mt 18,10.12-14).

Y, para ello, como nos recordara D. Manuel Siurot la obra educativa requiere de maestros consagrados en cuerpo y alma: «La escuela no es más que maestro, maestro y maestro; por consiguiente, cuando hay un buen maestro, de casi nada se carece» (Cada maestrillo..., p. 323). Por ello, no quisiera dejar pasar la oportunidad de agradecer la entrega y el compromiso de cada uno de los que hoy hacéis posible que la obra educativa de la Diócesis siga al servicio de la sociedad y de la Iglesia.

Al mismo tiempo considero que es importante que cada uno de nosotros crezcamos en la toma de conciencia de la responsabilidad que tenemos como maestros cristianos. De hecho, si algo preocupaba a Siurot era la necesidad de formar maestros cristianos. En este punto, llegará a afirmar «que un maestro que no sea cristiano no puede educar de veras a los niños de nuestra civilización» (ivi., p. 112).

En esta importante tarea educativa contamos con la inestimable ayuda de la gracia divina. Como nos recuerda D. Manuel Siurot los educadores formamos parte de un plan mucho mayor: «somos colaboradores de la gracia de Dios para triunfar de estos pecados. Dios pone su gracia, yo pongo mi esfuerzo. Esto es bien claro» (ivi., p. 6).

En otro orden de cosas, este año, tal y como quedó reflejado en la revisión del final de curso, hemos visto la necesidad de afianzar el trabajo que hemos llevado a cabo en los dos cursos anteriores. De manera particular, observamos que debemos seguir fortaleciendo los lazos que nos hacen ser **COMUNIDAD** para poder crecer en nuestra vocación **MISIONERA**. Así, con la intención de seguir profundizando en el trabajo realizado, hemos creído conveniente elegir el siguiente lema para este curso: **SOMOS ENCUENTRO**.

Concretamente, en la presente Programación partiremos del **contexto eclesial** en el que se circunscribe toda nuestra tarea. A continuación, dedicaremos el siguiente apartado a recordar el **trabajo realizado en los dos últimos cursos**. Continuaremos, desarrollando el **lema del presente curso**. Finalizaremos nuestra Programación General presentando los **objetivos para el presente curso**.

Poniendo en las manos de María, Madre y Maestra, el curso que ahora comenzamos imploramos su maternal protección para que en todo podamos realizar la voluntad de su Hijo (cf. Jn 2,5).

Contexto eclesial de nuestra misión

Nuevo pontificado del papa León XIV

La Iglesia ha vivido en los últimos meses un cambio en el sucesor de Pedro. Tras la muerte del papa Francisco dentro de la octava de pascua, asistimos con tristeza y al mismo tiempo con ilusión a la elección del nuevo papa, León XIV.

Es tiempo para agradecer al Señor el pontificado del papa Francisco. Durante el mismo, la Iglesia ha avivado la tensión misionera, destacando su énfasis por la misericordia, la justicia social y la cercanía hacia todos los que sufren. Nos ha ayudado a crecer en la comunión, la participación y la misión por la vía de la sinodalidad, es decir, a través de la invitación a caminar juntos.

Por otro lado, el nuevo pontificado del papa León nos ayuda a comprender que es el Señor quien inspira, en cada momento, al sucesor de Pedro que nuestra Iglesia y nuestro mundo necesitan. En sus primeras palabras nos invitaba, precisamente, a vivir con gratitud y confianza esta nueva etapa que se abre en el seno de la Iglesia. Además, el papa León desde el inicio ha manifestado el papel central que ha de tener la Doctrina Social de la Iglesia en nuestro tiempo y la necesidad de seguir profundizando en una "Iglesia que sea sinodal", es decir, una Iglesia en la que se fomente la comunión, la participación y la misión, para poder responder a las urgencias sociales actuales. Además, ya en su saludo inicial tras ser nombrado Papa, nos señaló la importancia de trabajar por la paz que nos trae Cristo resucitado, «una paz desarmada, desarmante y también perseverante, que proviene de Dios, que nos ama a todos incondicionalmente».

Carta pastoral de nuestro Obispo

Como cada año, nuestro Obispo nos ha dirigido una carta pastoral que tiene como objetivo principal concretar para cada curso lo recogido, de manera más amplia, en las Orientaciones Pastorales Diocesanas del 2022 al 2027. Concretamente, la carta de pastoral de este curso lleva por título **"Tomados de la mano con Dios y entre nosotros sigamos adelante"**, en referencia a las palabras del nuevo papa León en su discurso inicial.

De manera particular, este año D. Santiago nos invita a continuar con la celebración del Año Jubilar en el que aún estamos inmersos; a seguir trabajando para que el nuevo Directorio de la Iniciación Cristiana se vaya implantando en toda la Diócesis; y, finalmente, a consolidar en todas las parroquias de la Diócesis los Consejos Parroquiales de Pastoral y de Asuntos Económicos, así como la renovación de los órganos de participación diocesanos.

Como Fundación Diocesana de Enseñanza, también nosotros estamos llamados, no sólo a conocer el camino que está siguiendo nuestra Diócesis, sino, a contribuir con nuestro interés y esfuerzo. Para ello, a continuación, ofrecemos un posible itinerario para llevar a cabo la propuesta de nuestro Pastor en nuestros centros.

El Año Jubilar es un tiempo para dar gracias a Dios por el don de su amor misericordioso; para reconocer que la salvación es un don gratuito que Dios no cesa de ofrecernos por medio de nuestro Señor Jesucristo. En una sociedad que vive desde las claves de la autosuficiencia, el Año Jubilar es una invitación constante a saber que sin Dios nada podemos, que necesitamos de su auxilio (cf. Jn 15,5); que la salvación es el mayor don que toda persona puede recibir; una salvación que Dios ofrece de manera generosa y gratuita a cada uno de sus hijos cada vez que estos deciden regresar, con un corazón arrepentido, a la casa del Padre (cf. Lc 15,11-32). El Año Jubilar, en definitiva, nos recuerda que Dios es amor (cf. 1 Jn 4,8), y que nada puede separarnos de su amor (cf. Rm 8,38-39). Seguir acercando a nuestros alumnos y a sus familias a este misterio de salvación, de amor y de misericordia, sin duda, forma parte de nuestro ser de maestros cristianos.

En relación a la segunda de las cuestiones planteadas por nuestro Obispo en su carta pastoral, hemos de entender que la Iniciación Cristiana es uno de los grandes retos que tiene la Iglesia en la actualidad. Con preocupación observamos como en el viejo continente en los últimos años el número de familias que no bautizan a sus hijos no deja de crecer. Además, contemplamos con dolor como muchas de las familias que solicitan los sacramentos para sus hijos, o incluso de los adultos que se acercan al sacramento de la confirmación, lo hacen sin tener un verdadero planteamiento de fe. Estamos asistiendo a una descristianización silenciosa y progresiva de la sociedad. Igualmente, muchos de los bautizados que han completado su itinerario de Iniciación Cristiana viven alejados de su fe y de los compromisos que esta implica. Nuestras comunidades educativas no son ajenas a este fenómeno de secularización. Y no sólo porque lo observemos entre nuestros alumnos y sus familias, sino porque también está presente entre nosotros. Además, la Iniciación Cristiana no es una meta en sí misma. Como su propio nombre indica se trata del inicio de un proceso que abarca toda la existencia del creyente.

Así pues, como obra educativa diocesana una de nuestras mayores preocupaciones debería ser dar una respuesta adecuada a la Iniciación Cristiana también en nuestros centros. Y ello, comienza por tratar de que nuestros alumnos, sus familiares y también el profesorado que no haya completado dicho proceso lo puedan hacer. Pero, como ya hemos advertido, nuestra vida de fe no concluye con la Iniciación Cristiana, sino que hemos de procurar que nuestra relación con Cristo, nuestro compromiso cristiano y nuestro testimonio de fe sean cada vez más sinceros, hasta llegar a ser otros cristos (cf. Gál 2,20). De hecho, san Pablo nos habla en su carta a los Gálatas de formar a Cristo en cada uno de creyentes (cf. Gál 4,19). Nuestra tarea es también la del apóstol, es decir, ayudar a que Cristo sea formado en cada uno de quienes nos han sido confiados. Y, para ello, también nosotros hemos de estar continuamente creciendo en nuestra relación de intimidad con el Señor, cuidando nuestra vida sacramental y de oración, para que podamos ser testigos fieles y creíbles de la Buena Noticia de Jesús.

Esto es, precisamente, lo que quedó puesto de manifiesto en la conversación en el Espíritu que realizamos a final de curso. Necesitamos crecer en la dimensión espiritual tanto personal como comunitariamente, sobre todo, en la vida de oración y de intimidad con el Señor. Por otro lado, se insistió en la necesidad de llevar a cabo un acompañamiento pastoral personalizado. Y, como un ciego no puede guiar a otro ciego (cf. Lc 6,39-40), ello exige de nuestra parte haber recorrido, previamente, el trayecto que hemos de acompañar.

También en la revisión de final de curso se hizo hincapié en la necesidad de revisar el modelo actual de evangelización, sobre todo, en las etapas educativas superiores. Desde el equipo de pastoral estamos tratando de encontrar nuevas vías para propiciar el encuentro de nuestros alumnos con el Señor. Algunas de las opciones que estamos barajando son los encuentros Alpha y la plataforma de voluntariado cristiano que está implantando la Diócesis de Huelva. Igualmente, se hacía referencia en la revisión a la necesidad de que haya una presencia explícita de la fe en todas las asignaturas, etapas y momentos, sin temores ni complejos.

Finalmente, D. Santiago nos convoca a fomentar en la Diócesis los órganos de participación del pueblo de Dios. Nos recuerda que, para poder poner en práctica una iglesia que sea cada vez más sinodal, los consejos parroquiales son una pieza clave. También, como Fundación Diocesana, hemos de acoger esta llamada a crecer en la corresponsabilidad, entendiendo que la misión es tarea de todos, no sólo de aquellos que forman parte del denominado equipo de pastoral de cada uno de los centros.

En continuidad con el camino realizado hasta ahora

Como ya hemos señalado, en las conclusiones de la conversación en el Espíritu de final de curso se puso de manifiesto la necesidad de afianzar algunos de los elementos que hemos venido trabajando. De hecho, este año hemos querido elegir un lema que suponga una extensión de cuanto hemos trabajado los dos cursos anteriores. Por ello, antes de centrarnos en el lema y los objetivos de este curso, vamos a hacer un breve recorrido por aquello que hemos trabajado en los cursos anteriores.

Y, todo ello, lo abordaremos desde una triple perspectiva: la **Trinitaria**, la **eclesial** y la **personal**. Con la perspectiva **Trinitaria**, queremos destacar cómo detrás del trabajo y de los objetivos que nos hemos marcado como Fundación está el misterio del Dios Trinitario. Por otro lado, la dimensión **eclesial** nos recuerda que no caminamos solos, que lo hacemos en el seno de una comunidad que vive y celebra su fe, que somos Cuerpo de Cristo encarnado en un tiempo y un espacio. Finalmente, la perspectiva **personal**, es una invitación a mirarnos, ante todo, a cada uno de nosotros. Y ello, no con un afán narcisista, sino, antes bien, desde el convencimiento de que esta Programación y todo el trabajo que venimos realizando en la Fundación sólo serán posibles si cada uno de nosotros asumimos con ilusión el compromiso que nos corresponde.

Somos Comunidad

Somos Comunidad fue el lema de la primera Programación General del Curso que tuvimos como Fundación. Un lema que, hace dos años, trataba de ayudarnos a tomar conciencia de que nuestra tarea educativa la llevamos a cabo en el seno de una Comunidad. Asimismo, en aquel momento estábamos inmersos de lleno en el proceso sinodal, donde la comunión, junto con la participación y misión conformaban los elementos claves que la Iglesia universal estaba profundizando.

Pues bien, dos años después, si algo quedó reflejado de manera clara en la revisión del final de curso, es que hemos de seguir creciendo en la dimensión COMUNITARIA. Tal vez, el peso del individualismo presente en nuestra sociedad y en nuestra cultura poco a poco va haciendo mella en cada uno de nosotros. Esto nos apremia a encontrar una salida que nos permita vivir la verdad de lo que somos: seres cosidos de relaciones y para crecer en ellas. Ahora bien, no cualquier salida harta y satisface el alma, sino aquella que, teniendo su fundamento en Dios, nos revela la verdad del corazón humano.

En este sentido, es importante recordar que nuestro Dios en su esencia más íntima es Comunidad. Así, en la Santísima Trinidad las tres Personas divinas viven una relación de constante amor que, en medio de la diversidad, les hacen ser uno. Esta afirmación no solo resume el misterio central de la fe cristiana, sino que invita a profundizar en la naturaleza relacional de Dios, donde la unidad no anula la distinción, sino que se enriquece precisamente por ella. La Trinidad no es una abstracción solitaria, sino un dinamismo eterno de amor mutuo, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dan por completo el uno al otro, configurando un modelo perfecto para la vida humana y eclesial.

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gen 1,26-27), también descubre en la dimensión comunitaria su identidad más profunda. Es más, por la comunión con Cristo los seres humanos hemos recibido la gracia de ser introducidos en el seno mismo de la Santísima Trinidad, formado parte de esa corriente de amor eterno en el que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dan por completo.

Concretamente, en el sacramento del bautismo, por medio del don del Espíritu Santo somos incorporados al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. De este modo, unidos al Hijo de Dios, que ha asumido nuestra naturaleza, entramos a compartir la vida divina, y podemos invocar a Dios como Padre nuestro (cf. 1 Jn 3,1-2). De este modo, además, se realiza la verdadera e íntima fraternidad universal que no sólo nos hace ser hijos de Dios sino también hermanos los unos de los otros. De tal manera que, no es posible estar en comunión con Dios sin estar en comunión con los hermanos (cf. 1 Jn 1,6-7; Sant 2,14-18).

Por otro lado, en la Programación General del Curso de hace un par de años tomamos como texto bíblico de referencia uno de los sumarios de la vida comunitaria que aparece en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,44-47).

«Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.» (Hch 2,44-47)

En este sumario se describen cuáles son los elementos que conforman de la vida comunitaria de la Iglesia naciente y de la Iglesia universal en su conjunto. Concretamente, en primer lugar, se nos dice que los primeros cristianos **vivían unidos y tenían todo en común**. Quiere decir que la unidad que vivían los primeros cristianos no era una hermosa metáfora sino que abarcaba también al ámbito de los bienes materiales, llegando a vender sus posesiones y a repartirlas según las diversas necesidades de cada uno. Por otro lado, se describe que acudían a diario al templo a orar y lo hacían con un mismo espíritu. La Comunidad se hace fuerte en la **oración** compartida, donde todos oran con un mismo Espíritu. Un tercer aspecto a tener en cuenta es la participación en la **eucaristía**, que es la oración por excelencia, donde la comunión no sólo se celebra sino que también se realiza. La eucaristía, no por casualidad, es el sacramento de la Comunión, donde la Comunidad fortalece sus vínculos al unirse al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Finalmente, se nos dice que alababan a Dios y eran bien visto por todo el mundo, lo que hacía que día tras día el Señor fuera agregando a los que se iban salvando. Este último aspecto es especialmente relevante, ya que se trata de una **Comunidad que salva**. Es en ella donde, por el don del Espíritu Santo, hemos sido incorporados a la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, donde hemos sido engendrados como hijos de Dios, y donde seguimos recibiendo la gracia de los sacramentos que nos salvan. También es en la comunidad donde podemos escuchar la Palabra de Dios que nos guía y alimenta y donde podemos compartir y celebrar juntos la fe que nos une.

No entender la comunidad cristiana desde estas claves, es decir, el misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, es participar de una silenciosa apostasía que reduce toda la vida comunitaria a un mero esfuerzo pelagiano, donde la lejanía de Dios se va instaurando de manera silenciosa en nuestros corazones.

Además, la Comunidad cristiana que se nos describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles es fruto de la **predicación apostólica** en la que Pedro invitaba a la conversión y a bautizarse en el nombre de Jesús. Concretamente, Pedro predicaba diciendo:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro». Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo: «Salvaos de esta generación perversa». Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas. Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. (Hch 2,38-43)

Para participar de la vida de la comunidad quien escuchaba debía **acoger la Palabra de Dios** y asumir la **conversión** que implicaba la aceptación de dicha Palabra, y que, consistía, sobre todo, en reconocer a Jesús como su Salvador y Señor, recibiendo el perdón de los pecados y la nueva vida que brota de su amor misericordioso. A partir de ese momento la persona se incorporaba a la vida de la comunidad con los elementos que hemos recogido antes (la comunión de bienes, la fracción del pan y la oración) a los que hay que añadirle la perseverancia en la **enseñanza de los apóstoles**.

Cada uno de nosotros, como profesores y educadores cristianos, estamos llamados a participar de la vida de la comunidad cristiana, asumiendo la **conversión** que nace del amor de Dios, teniendo una vida de **oración**, participando tanto en la **comunión de bienes** como en la **vida sacramental**, sobre todo, en la **eucaristía**. Asimismo, la **perseverancia en la enseñanza de los apóstoles** nos recuerda que la fe la hemos recibido como un don que nosotros no podemos modificar según nuestra propia

conveniencia. Antes bien, la fe es transmitida y actualizada por aquellos que han recibido del mismo Jesús la autoridad para interpretarla.

Además, como Fundación Diocesana de Enseñanza, hemos de estar, especialmente, atentos para integrarnos y caminar junto con es resto de realidades pastorales que conforman la Diócesis y bajo la guía y pastoreo de nuestro Obispo. Esa es nuestra Comunidad, Iglesia local, en la que se realiza también nuestra comunión con la Iglesia Universal.

Somos Misión

Posteriormente, en el curso anterior, comprendimos que la vida comunitaria siempre tiene como meta la **MISIÓN**. Una misión que tiene su origen en el Amor Trinitario. Y es que, como nos recuerda el Concilio Vaticano II en su decreto *Ad gentes*: «La Iglesia peregrinante por su naturaleza es misionera, en cuanto esta encuentra sus orígenes en la misión del Hijo y en la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (n. 2). Dios Padre, por amor, decidió compartir su vida con la humanidad enviando al Hijo (Jesucristo) y al Espíritu Santo. El Hijo vino para hacernos "hijos adoptivos" de Dios, y el Espíritu Santo nos guía y fortalece en esa relación. De este modo podemos afirmar que la Iglesia es misionera por naturaleza porque refleja el amor de la Trinidad. Su tarea es extender la vida y el amor de Dios a todas las personas, siendo un instrumento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Todo lo que la Iglesia hace (predicar, ayudar, enseñar) surge de esta conexión con la Trinidad y busca llevar a la humanidad de vuelta a Dios.

Asimismo, el año anterior el lema *Somos Misión* también resonaba en el marco del camino sinodal, en el que la misión ocupa un lugar central.

Además, tomamos como texto de referencia el evangelio de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,14-30). Allí descubríamos que la misión siempre parte del **Espíritu Santo** que nos convoca y nos conduce. Igualmente, comprobamos que la misión tiene un **rostro privilegiado**, el de todos aquellos que más la necesitan: **los pobres**, los esclavos, los ciegos y los oprimidos. Es más, en dicho pasaje Jesús venía a proclamar no sólo el **Año de Gracia** o Año Jubilar, sino a poner de manifiesto que en Él, se realiza de manera plena la salvación de Dios para toda la humanidad, de

una vez para siempre. Precisamente, el Año Jubilar que aún estamos celebrando nos recuerda esta verdad.

Ser testigos, acercando la salvación de Dios a todos los hombres y mujeres es nuestra principal misión, también como educadores cristianos. De este modo, participamos con la misión que hunde sus raíces en la Santísima Trinidad, y que llevamos a cabo, por encargo del mismo Cristo (cf. Mt 28, 19-20) en comunión con toda la Iglesia.

Lema del Curso:

Somos Encuentro

Es la hora de centrarse en el lema elegido para este curso: **Somos Encuentro**. Como ya hemos explicado, este lema trata de establecer una línea de continuidad que nos permita profundizar en el trabajo realizado en los dos últimos años.

Como vimos al explicar el contenido teológico de los últimos lemas, también el lema **Somos Encuentro** tiene un fundamento trinitario. El lema **Somos Comunidad** nos recuerda que nuestro Dios, que es amor, nos ha sido revelado como comunidad de Personas. En relación al lema **Somos Misión**, veamos como el Padre, también por amor, ha enviado al Hijo y al Espíritu Santo para redimirnos del pecado y de la muerte. Finalmente, el lema del presente curso **Somos Encuentro**, viene a poner de manifiesto cómo son las relaciones en el seno de la Santísima Trinidad. Concretamente, el concepto clave en la teología trinitaria para comprender el encuentro entre las Personas divinas es la **pericoreisis**. Veamos qué podemos aprender de dicho concepto de cara a poder trabajar el encuentro en el seno de nuestra Fundación.

La pericoreisis es una palabra griega que expresa la interpenetración de las tres Personas divinas en el seno de la Santísima Trinidad, su forma de habitar las unas en las otras en la perfecta unidad de una sola y misma substancia, pero sin que ellas sufran alguna alteración. La pericoreisis describe cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se habitan uno al otro sin perder su identidad. Es como una danza armónica donde cada uno da espacio al otro, se entrega y recibe, en un movimiento de amor infinito. De este modo, se compenetrán, están integradas las unas con las otras inseparablemente, se aman sin límites y de una manera totalmente libre, sin que haya cambio de lo que cada una es y sin ninguna sombra de dominio o de subordinación.

No es una idea complicada: pensemos por un momento en una conversación profunda entre amigos donde cada uno se enriquece con el otro, sin fusionarse ni separarse del todo. Dios es ese encuentro eterno,

y nosotros, creados a su imagen, estamos llamados a vivir encuentros similares en nuestra vida diaria, también dentro de nuestro ámbito educativo.

En cuanto a los elementos que permiten que se dé dicho encuentro, cabe destacar los siguientes:

1. El primero de ellos, y el fundamental, para que haya encuentro tiene que haber una **identidad clara**. En el seno de la Santísima Trinidad el Padre no se confunde con el Hijo, ni con el Espíritu Santo, y así entre el resto de Personas.
2. En segundo lugar, para que pueda establecerse un encuentro, es necesario que cada uno de los que participan ofrezcan un **espacio** en el que la otra Persona pueda ser acogida y pueda desarrollar su identidad. Así, en el seno de la Santísima Trinidad el Padre ofrece el espacio necesario para que el Hijo sea Hijo. Del mismo modo, el Hijo actúa de tal modo que el Padre pueda ser Padre, y así con el resto de relaciones. Fruto de todo ello, cada una de las Personas puede desarrollar su identidad.
3. En tercer lugar, el encuentro ha de darse en un ámbito de total **libertad**. Así, el Padre establece una relación de generación eterna con el Hijo, donándole libremente toda su divinidad y esencia en un acto de amor incondicional. Del mismo modo, el Padre dona voluntariamente su divinidad al Espíritu Santo en un acto libre de amor eterno. Por su parte, el Hijo responde al Padre en una relación de filiación eterna, recibiendo y devolviendo el amor en obediencia filial perfecta. Por su parte, el Espíritu Santo establece una relación de procesión eterna desde el Padre, recibiendo y devolviendo el amor en una comunión indivisible. Finalmente, el Hijo se entrega libremente al Espíritu, centrándose en Él con amor eterno y sin demanda, en un círculo voluntario de devoción; y el Espíritu en esta relación con el Hijo es un flujo eterno de amor, actuando como el aliento o espíritu del Hijo, revelando su obra y uniéndolo al Padre.

Al relacionarse de este modo las tres Personas divinas nos muestran que la auténtica libertad no consiste en hacer lo que cada uno quiera en cada momento, sino en vivir enamorado, es decir, en-amor-dado. Libertad y don de sí se entrelazan armónicamente entonando el canto más bello de amor y de unidad.

También nuestras relaciones interpersonales y nuestra misma labor educativa están llamadas a desarrollarse según las claves que pone de manifiesto la pericoreisis intratrinitaria. Veamos cómo traducir dichas claves dentro de nuestro contexto educativo.

Una identidad clara

Uno de los retos más importantes y trascendentales que tiene que afrontar la escuela católica en la actualidad es como preservar su identidad. De hecho, el papa Francisco en el documento de la Congregación para la Educación Católica titulado “La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo”, publicado el 29 de marzo de 2022, nos recordaba que «no podemos construir una cultura del diálogo si no tenemos identidad», especialmente, en el contexto de los desafíos contemporáneos, como la secularización, el pluralismo y la globalización.

Además, a nivel social y cultural, observamos que nuestra sociedad europea ha renunciado a sus raíces más profundas. A este respecto, el papa san Juan Pablo II en su primer viaje apostólico a España el año 1982, en la catedral de Santiago de Compostela, meta del Camino de Santiago transitado por miles y miles de peregrinos cada año, venidos de toda Europa y de todo el mundo, nos decía: «Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces.» Continuaba diciendo: «Si Europa vuelve a actuar, en la vida específicamente religiosa, con el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo el derecho y toda la justicia; si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo, su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor, antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por un posible ciclón de holocausto atómico.»

Analizar las causas que nos han traído hasta aquí no es sencillo (la reforma protestante, la ilustración y la revolución científica, la revolución

francesa y el anticlericalismo, las filosofías materialistas de los siglos XIX y XX, etc.). No obstante, más allá de las causas, el resultado con el que nos encontramos es un ser humano desprovisto de alma, sin transcendencia, donde el materialismo y el hedonismo han vaciado de sentido el horizonte existencial.

Además, por si esto fuera poco, en la actualidad observamos que nuestros jóvenes tienen el reto de construir su propia identidad personal en un mundo cada vez más complejo. Fenómenos como la globalización, la digitalización o el fuerte individualismo, o movimientos contemporáneos como los relacionados con la fluidez de género, la autoidentificación o el consumismo, hacen cada vez más ardua la tarea de construir la propia identidad personal.

En este contexto estamos llamados a educar a nuestros alumnos, ayudándoles a comprender que el ser humano encuentra su identidad primera y fundante en ser hijo amado de Dios; que su vida no es fruto del azar; que sólo en el encuentro entre criatura y Creador se resuelve de manera plena y adecuada su identidad última.

Por ello, nuestra primera preocupación como educadores ha de ser la de propiciar el encuentro entre cada uno de quienes componemos nuestra comunidad educativa (alumnos, familias, PAS y profesores) y Aquél que es fundamento de todo. Es ahí donde se fortalece nuestra identidad de escuela católica, es ahí donde crecemos como comunidad misionera. Y es que, solo cuando nos ponemos cada día a los pies del Maestro (cf. Lc 10,39-42), escuchando su palabra y recibiendo la gracia de su presencia viva y resucitada, podremos descubrir de qué manera Dios nos llama a ser Comunidad y nos envía como misioneros a construir su Reino.

Algunos de los medios para vivir esto pueden ser el cuidado de la oración diaria en las aulas, la celebración de los sacramentos, la visita personal o comunitaria al Sagrario, los retiros espirituales y cualquier otra actividad que nos ayude a crecer en el encuentro personal con el Señor.

Un espacio siempre abierto a la acogida

Hemos visto, al profundizar en el modo cómo se relacionan las Personas Divinas en el seno de la Santísima Trinidad, que cada una de ellas deja un espacio propicio para el encuentro con la otra Persona. Sin dicho espacio el encuentro sería materialmente imposible. Pero, lo más importante es observar como dicha la actitud de acogida hace posible que tanto la Persona que es acogida como Persona que acoge, puedan realizar su propia identidad. Dicho de otro modo, la identidad última de cada una de las Personas es una identidad relacional, que se realiza por y a través del encuentro.

Pues bien, teniendo en cuenta que cada uno de nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gen 1,26-27), la acogida intratrinitaria nos recuerda que la nuestra es una identidad eminentemente social, como, por cierto, también nos recordara Aristóteles. El ser humano se realiza de manera plena cuando cultiva y profundiza en su naturaleza relacional, descubriendo que el encuentro personal es el lugar donde se descubre a sí mismo.

Sin duda, cuanto estamos expresando ha de concretarse, en primer lugar, en el terreno personal. Asimismo, es una llamada a revisar cómo llevamos a cabo nuestra vocación educativa, y, finalmente, a mejorar las relaciones con quienes compartimos dicha nuestra labor docente.

En el nivel personal, es importante que comprendamos como Dios siempre tiene su corazón abierto para acogernos. Un ejemplo que ilustra cuanto estamos diciendo lo encontramos en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). De tal modo que, si algo define el ser de Dios es su corazón compasivo y misericordioso. Así, gracias al amor compasivo del Padre podemos reconocer nuestra identidad de hijos amados de Dios.

Dicho amor es el que también nosotros estamos llamados a situar en el centro del acto educativo. Las palabras del apóstol san Juan en su primera carta nos lo recuerdan: «Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.» (1 Jn 4,11-12) Esto es algo que D. Manuel Siurot había entendido de manera

completamente nítida: «Hay una sola manera lícita de llegar al corazón del niño, y ésta no es para convertirlo en hombre, sino más bien para fortalecer su inocencia. Esa manera permitida al maestro no puede ser otra que el amor». (Manuel Siurot, *Cada maestrito...*, p. 300). Renunciar al Amor como fundamento del encuentro que tiene lugar en el acto educativo, implicaría desnaturalizar dicho acto, reduciendo al educando a un mero medio y alejando al educador de su verdadera vocación. Es así como, el amor de Dios nos llama a crecer y cuidar, cada día, el modo como acogemos a nuestros alumnos y a sus familiares, sabiendo que Dios mismo es amor (cf. 1 Jn 4,8). De este modo, sabiendo que Dios nos precede, lograremos habilitar ese lugar propicio para el encuentro, en el que la confianza, la actitud de servicio y el respeto, harán posible la maduración integral del educando, descubriendo los talentos que Dios ha sembrado en su corazón e invitándolo para que los ponga al servicio de Dios y de la sociedad.

Finalmente, también es importante que quienes integramos en la actualidad la Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot desarrollemos aquella acogida mutua que propicie y fomente el encuentro interpersonal. En este sentido, algunos de los sumarios que aparecen en las cartas paulinas sobre la vida comunitaria nos pueden ayudar como el de la carta a los colosenses:

«Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.» (Col 3,12-17)

Y, de manera especial, tengamos presente el conocido himno a la caridad que es expresión del amor que Dios nos llama a construir en medio de nosotros:

«Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca.» (1 Cor 12,31; 13,1-8a)

Una libertad que nos hace libres

El último elemento al que hemos hecho referencia al presentar las características de las relaciones intratrinitarias es la libertad. Una libertad que, en este caso, como hemos descrito, tiene unas características muy concretas y que se conjuga con el olvido de sí en el contexto de un acto de amor que busca el bien de la persona amada. La libertad, por tanto, no es un fin en sí misma, sino un don de Dios ordenado al bien, al amor y a la verdad. Igualmente, es importante recordar que la libertad verdadera se establece dentro de un marco de responsabilidades y obligaciones mutuas.

Un aspecto a considerar al analizar la libertad es la manera en que el Hijo se relaciona tanto con el Padre como con el Espíritu Santo. La segunda Persona de la Santísima Trinidad que lo recibe todo del Padre se entrega en una relación de filiación eterna devolviendo el amor en obediencia filial perfecta. Por lo demás, en relación al Espíritu Santo, el Hijo se entrega libremente al Espíritu que le revela la voluntad del Padre.

Es importante que nos fijemos en el Hijo de Dios, especialmente, porque gracias al misterio de la encarnación, según el cual la segunda Persona de la Santísima Trinidad ha tomado nuestra carne, Cristo se nos ofrece como camino para adentrarnos en el seno de la Santísima Trinidad (cf. Jn 14,6). Además, en el Hijo de Dios hecho carne no sólo se nos ha revelado la verdad sobre Dios sino también la verdad sobre el hombre mismo. Como nos recordara el concilio Vaticano II en su constitución

Gaudium et spes: «En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad, sino en el misterio del Verbo encarnado» (n. 22). Así, Cristo es modelo de la nueva humanidad redimida en el Amor. En Cristo podemos ver el modelo que los creyentes hemos de tomar como referencia a la hora de relacionarnos con Dios y con los hermanos. En Cristo descubrimos cómo ha de articularse la libertad para que ésta sea verdadera.

Pues bien, en el seno de las relaciones intratrinitarias hemos visto que lo propio del Hijo de Dios es la obediencia al Padre y la disponibilidad al Espíritu Santo. Algunos pasajes del nuevo testamento atestiguan cuanto acabamos decir. Así, por ejemplo, la carta a los hebreos nos dice: «Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna» (Heb 5,8-9; cf. Heb 10,9). También en el evangelio según san Juan nos encontramos con un elenco importante de pasajes que ponen de manifiesto que el alimento de Jesús era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34; 5,30; 6,38; 8,29; 15,10) al igual que en otros pasajes del Nuevo Testamento (cf. Mt 26,39; Flp 2,8). Por su parte, en Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como ungido y guiado por el Espíritu Santo, desde su bautismo hasta la culminación de su ministerio, mostrando una dependencia total en su misión terrestre (cf. Mt 3,16-17; 4,1; 12,28 ; Mc 1,10; Lc 3,21-22; 4,14; 4,18-19; Jn 3,34; Hch 10,38; Rm 8,11).

Así, gracias a la relación que Jesús establece con el Padre y el Espíritu Santo podemos esclarecer, aún más, en qué consiste la verdadera libertad, aquella que nos hace verdaderamente libres. Una libertad que encuentra su origen en el hecho de reconocer que todo cuanto somos lo hemos recibido gratuitamente del Padre, que nos ha amado con un amor eterno, haciéndonos hijos suyos en Cristo por medio de su Espíritu (cf. Ef 1,5; Gal 4,4-7). Además, ya hemos dicho que lo propio del hijo es entregarse al Padre en una relación de filiación en la que le devuelve el amor en obediencia filial perfecta. Igualmente, hemos visto como también lo propio del Hijo de Dios es entregarse libremente a la acción del Espíritu Santo.

Si tenemos dudas o no llegamos a comprender cuanto hemos explicado, podemos mirar a María, Madre de Dios y modelo de la Iglesia. Ella es la sierva del Señor que con su "fiat" se ha entregado por completo a la

voluntad del Padre (cf. Lc 1,38); ella es la llena de gracia que por medio de la acción del Espíritu Santo ha concebido en su seno al Hijo de Dios (cf. Lc 1,35); ella, en las bodas de Caná, nos invita a hacer cuanto nos diga su Hijo Jesús (cf. Jn 2,5).

Frente a ello, en la actualidad observamos visiones muy dispares de libertad. Estas visiones, a menudo, reducen la libertad a un derecho ilimitado que tiene como objetivo satisfacer los deseos personales, ignorando la verdad moral y el bien común. Estas ideas, influenciadas por el individualismo, el relativismo y el secularismo, no liberan, sino que esclavizan al ser humano, encerrándolo en su propio egoísmo, fomentando la destrucción y la muerte (cf. Gen 3).

Como educadores estamos llamados a educar en aquella libertad que viene de Dios y que fomenta el deseo de hacer de la propia vida un don para los demás. La verdadera libertad siempre transita la senda del bien, de los valores morales y religiosos que nos llevan, como afirmaba Siurot, a la «adoración del amor fraterno que todos los hombres nos debemos, según la ley de Dios, y respeto sentido y afectuoso del derecho ajeno» (Manuel Siurot, *Cosas de Niños*).

También cada uno de nosotros estamos llamados a crecer en la verdadera libertad que tiene su origen en la comunión con Dios, orientada a la santidad y al servicio, haciéndonos capaces de amar auténticamente y de alcanzar la vida eterna (cf. Gal 5,13). Una libertad que se conquista mediante la gracia, la oración y los sacramentos, eligiendo en todo el bien en comunidad.

Objetivos del Curso

Llega el momento de sintetizar cuanto hemos visto hasta ahora en un objetivo general. Igualmente, desglosaremos dicho objetivo general en una serie de objetivos educativos. Finalmente, ofreceremos un elenco de actividades que os ayuden a concretar todo lo expuesto, teniendo en cuenta los diversos miembros que componemos la comunidad educativa (profesorado-PAS, alumnos y familias).

Además, antes de adentrarnos a exponer cuanto hemos dicho, tomaremos un texto bíblico que nos ayude a contextualizar cuanto vamos a recoger a continuación.

Qué todos sean uno

«Te ruego por ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos» (Juan 17,21-26)

Jesús, en el contexto de la última cena, acompañado por los apóstoles dirige al Padre la que se conoce como la **oración sacerdotal**. En ella, Jesús ora por sí mismo, por sus discípulos y por todos los creyentes futuros, para que vivan la unidad, sean santificados en la verdad y puedan cumplir la misión de dar a conocer al Padre, único Dios eterno, y a su enviado, Jesucristo, y, de este modo, todos los hombres puedan tener vida eterna (cf. Jn 17,3).

Jesús sabe que con su entrega generosa en la cruz se va a realizar de manera plena el plan de salvación de Dios para con toda la humanidad.

Igualmente, es conocedor que dicho plan habrá de desarrollarse, progresivamente, por medio de su Iglesia hasta alcanzar a toda la humanidad. Asimismo, como el mismo Cristo ha experimentado durante su misión en la tierra, sus discípulos deberán llevar a cabo dicha tarea en medio de una importante batalla espiritual entre Dios y el mundo, siendo el mundo para el evangelista san Juan el sistema de valores y de estructuras opuestas a la verdad divina. Por ello, Jesús ha querido sostener a los discípulos de todos los tiempos con esta oración que dirige al Padre, para que podamos vivir la unidad, ser santificados en la verdad y, de este modo, dar testimonio del Dios verdadero.

Jesús conoce que el primer y fundamental ataque del maligno es tratar de dividir a los que el Señor ha llamado para vivir la unidad, como nos enseña el famoso adagio: "Divide y vencerás". Así, el mal que no cesa jamás en su empeño (cf. 1 Ped 5,8) va a tratar, por todos los medios, de dividirnos. No permitamos que este mal arraigue entre nosotros. Cristo ora incesantemente al Padre para que también nosotros podamos permanecer unidos, siendo comunidad que tiene siempre el corazón y los brazos abiertos para el encuentro con Dios y con los hermanos. Y, todo ello, para que el mundo crea.

El segundo frente por el que el maligno va a tratar de atacarnos es seduciéndonos con falsos caminos de plenitud, que básicamente, se sintetizan en las tentaciones del poder, de la riqueza y de la vanagloria (cf. Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Estos caminos no sólo nos separan de Dios sino que también quiebran de manera muy seria la fraternidad, constituyéndonos a cada uno de nosotros en "dioses". El maligno siempre nos va a mostrar que el camino de entrega es un fracaso, que no merece la pena santificarse por el camino de la verdad que Jesús nos ha mostrado. Que la salvación está ante todo en buscarnos a nosotros mismos, antes que cumplir con el plan de Dios. Qué Dios no existe, que no ha existido ni se le espera.

Y, todo ello, para frustrar la misión de dar a conocer a Dios y su camino de salvación, manifestado en nuestro Señor Jesucristo. Si hay algo que inquiete al mal es que se anuncie la salvación de Jesucristo. De tal manera que, cada vez que nos cerramos al anuncio explícito de dicha salvación estamos actuando como el mal lo haría. A este respecto, si algo tenía claro Siurot era que las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús

debían estar inspiradas por la fe y el ejemplo de Cristo. El principio básico que rige todos los demás principios siurotianos es el canon primero de sus escuelas: «Si alguno dijere al niño que no se le deba hablar de Jesucristo y enseñarle su doctrina, sea excomulgado». (Cada Maestrillo..., p. 321)

Objetivo general del Curso

Pues bien, teniendo en cuenta que la oración sacerdotal de Cristo es la mejor garantía de nuestra acción como educadores presentamos, por fin, el objetivo general del curso.

Propiciar un clima de oración en el que el **ENCUENTRO** personal y comunitario con Dios, nos ayude, cada día, a fomentar nuestra identidad más profunda, siendo **COMUNIDAD** que hace de la acogida mutua en el amor el signo más creíble de su **MISIÓN**.

Con el presente objetivo general se pretende consolidar el trabajo que hemos venido realizando en los cursos anteriores, situando en el centro la relación personal y comunitaria con el Señor. Sólo desde ahí lograremos ser una comunidad misionera, que viva y anuncie la Buena Noticia de Jesús.

Asimismo, como hicimos el primer año, vamos a tratar de declinar este objetivo general en un conjunto de objetivos educativos que nos ayuden a concretarlo en nuestro día a día.

Objetivos educativos

Los **objetivos educativos** tienen como meta ayudarnos a introducir el objetivo general del curso en el resto de programaciones. Además, como es habitual en cualquier programación, dichos objetivos deben concretarse en un conjunto de **actividades** que, a su vez, vayan acompañadas de una serie de marcadores o **criterios de evaluación** que

nos ayuden a corroborar en qué medida se han cumplido dichos objetivos.

Igualmente, es importante resaltar que los objetivos del curso no sólo deben estar reflejados en nuestras respectivas **programaciones**, sino que, han de configurar también el resto de áreas que componen nuestra tarea educativa, con especial interés a la **programación** realizada por los **equipos directivos**, los responsables de **pastoral**, los equipos de **coordinación**, incluida la coordinación de departamentos, etc. Ninguna actividad que se realiza en nuestros centros puede ignorar el trabajo común que nos proponemos alcanzar.

Para facilitar su aplicación propondremos una serie de actividades diferenciadas teniendo en cuenta los distintos grupos que conforman nuestra comunidad educativa, es decir, profesorado-PAS, alumnos y familias.

Por último, señalar que los objetivos educativos, a diferencia de otros años, aunque son tres, no están previstos para ser aplicados uno cada trimestre, sino para que todos ellos se vayan asumiendo progresivamente a lo largo de todo el curso.

Primer objetivo: Fomentar el encuentro personal y comunitario con el Dios vivo y resucitado que nos ayude a reforzar nuestra identidad de escuela católica

Como hemos visto, no es posible construir una comunidad que tenga como centro la misión, si cada uno de nosotros no cuidamos nuestra relación personal con Dios. Dicho encuentro es el que nos recuerda la verdad de lo que somos y nos renueva cada día para poder llevar a cabo la misión que se nos ha encomendado. En este sentido, es clave cuidar la oración personal y comunitaria, recibir con frecuencia la gracia de los sacramentos, especialmente, la eucaristía y la confesión, llevando un vida acorde con la moral de la Iglesia.

Propuesta de actividades

Profesorado-PAS

- * Propiciar, con mi ejemplo, un clima de oración que propicie el encuentro personal y comunitario con Dios, especialmente, en los momentos de oración con los alumnos y con el resto de miembros de la comunidad educativa.
- * Preparar con esmero la oración diaria en el aula y el rezo del ángelus.
- * Educar a los alumnos en el trato cordial y cercano con el Señor, poniendo especial empeño en enseñarles cómo han de vivir las celebraciones litúrgicas.
- * Participar de retiros, ejercicios espirituales y demás actividades que puedan ayudarnos a mejorar nuestra relación con Dios.
- * Visitar con frecuencia el Sagrario durante la jornada escolar, en el caso de que sea posible.
- * Cuidar la vida sacramental, especialmente, la eucaristía y la confesión.
- * Completar el proceso de la Iniciación Cristiana.
- * Tener un grupo de crecimiento en la fe.
- * Participar con espíritu de recogimiento y de oración tanto en los encuentros de Lectura Creyente de la Palabra como en las conversaciones en el Espíritu.
- * Participar con devoción e implicación de las diversas actividades que organice el Centro y la Fundación para honrar a sus titulares, o en las diversas celebraciones litúrgicas que se tengan a lo largo del curso.
- * Fomentar el rezo del Rosario, del Ángelus y del Regina Coeli como actos de piedad y devoción mariana.
- * Para todo ello, se recomienda elaborar un Proyecto Personal de Vida Cristiana en el que se defina el plan de crecimiento en la relación con Dios.
- * ...

Alumnos

- * Respetar y apreciar los momentos de oración y de encuentro personal y comunitario con el Señor, sabiendo comportarse, especialmente, en las celebraciones litúrgicas.
- * Aprender a hacer silencio interior.
- * Completar el proceso de la Iniciación Cristiana.
- * Tener un grupo de crecimiento en la fe.
- * Descubrir la necesidad de recibir con frecuencia la gracia de los sacramentos, especialmente, de la eucaristía y de la confesión.
- * Tener una vida de oración personal.
- * Participar de retiros y encuentros que ayuden a encontrarse con el Señor.
- * ...

Familias

- * Promover el desarrollo de una espiritualidad cristiana en el seno de las familias y en el resto de miembros que componen la comunidad educativa.
- * Acompañar a sus hijos en el proceso de la Iniciación Cristiana, siendo ellos mismos testigos de la fe.
- * Completar el proceso de la Iniciación Cristiana en el caso de que no lo hayan realizado.
- * Participar y colaborar de las celebraciones litúrgicas, retiros, encuentros, que organice tanto el centro, la Fundación y el resto de delegaciones de la Diócesis.
- * Procurar, por todos los medios, que en la escuela y el resto de ámbitos sus hijos reciban una educación acorde con los valores cristianos.
- * ...

Segundo objetivo: Crecer en la acogida y el respeto, que hagan de nosotros una auténtica comunidad

Como quedó puesto de manifiesto en la revisión del final de curso, seguimos teniendo por delante el reto de crecer en la dimensión comunitaria, dejando a un lado todo aquello que aún nos separa, creciendo en la capacidad de escucha y de acogida mutuas. Y, todo ello, desde la conciencia de saber que es Dios mismo quien nos llama a ser miembros del Cuerpo de Cristo, haciéndonos hermanos e invitándonos a vivir la fraternidad. Desde ahí, dejaremos a un lado las rivalidades, valorando cómo nos complementamos y reconociendo los dones que Dios ha puesto en cada uno de nosotros para beneficio del conjunto (cf. 1 Cor 12,12-27).

Profesorado-PAS

- * Respetar y valorar el trabajo que realizan el resto de miembros de la comunidad educativa, acogiendo como un don la función que tiene cada uno, y siendo fieles al encargo que se nos ha confiado.
- * Organizar actividades que impliquen la participación de parte del profesorado de otras etapas educativas.
- * Establecer proyectos de colaboración entre profesores de diversas materias dentro de una misma etapa, a través del denominado aprendizaje por proyectos o de cualquier otra metodología que fomente el trabajo en común.
- * Tener una actitud de escucha y acogida tanto con el alumnado como con sus familiares.
- * Generar en el aula un clima de acogida y de respeto, velando por el cumplimiento de las normas del Centro.
- * Participar en las actividades que se organicen desde la Diócesis, tomando conciencia de que somos diocesanos.
- * Integrar y hacer partícipes a las familias en la realización de las diversas actividades que se organizan en el Centro.
- * ...

Alumnos

- * Valorar el respeto y la acogida como elementos esenciales para una educación que los convierta en “hombres buenos”.
- * Llevar a cabo proyectos de colaboración con alumnos de otras etapas educativas.
- * Desarrollar un taller de inteligencia emocional para aprender a escuchar con el corazón.
- * Realizar un taller de escucha.
- * Incorporarse en las actividades que se organicen desde la Diócesis.
- * ...

Familias

- * Colaborar con el resto de miembros de la comunidad educativa para que haya en el Centro un clima de acogida, respeto y colaboración.
- * Integrarse y colaborar en las diversas actividades que se organizan desde el Centro y la Diócesis.
- * Promover actividades conjuntas que abarquen al resto de la comunidad educativa
- * Colaborar con su ayuda y su compromiso en la obtención de recursos para el Centro y para las familias y alumnos más vulnerables.
- * ...

Tercer objetivo: Asumir el compromiso misionero, en comunión con toda la Iglesia, como elemento nuclear de nuestra identidad

En el curso anterior nos propusimos crecer en nuestra vocación de discípulos misioneros. De hecho, si algo caracterizó el pontificado del papa Francisco fue, precisamente, su llamada a constituir una Iglesia misionera, en la que todos somos necesarios.

También la Fundación Diocesana de Enseñanza Manuel Siurot está llamada a desarrollar dicha vocación misionera como, de hecho, se recoge en su ideario: «El proyecto educativo de la Fundación nace del mismo corazón de Cristo y tiene como meta el anuncio de aquella Verdad, que es Cristo, que salva y libera al ser humano. Por ello, su proyecto

educativo está llamado a ser cauce de evangelización en clave misionera. Se trata de hacer un anuncio directo y constante del mensaje evangélico, ayudando a descubrir el sentido cristiano de la vida y de la historia, motivado por el testimonio y el ejemplo de los educadores.» (p. 16)

Profesorado-PAS

- * Crecer en la toma de conciencia de que somos enviados por la Iglesia para llevar a cabo su misión.
- * Integrar en la programación de aula de cada una de las asignaturas el necesario diálogo entre fe y cultura.
- * Conocer la Doctrina Social de la Iglesia.
- * Comprometer parte de mi tiempo en alguna labor misionera llevada a cabo por la Fundación, la Diócesis, la Parroquia o cualquier otra asociación eclesial.
- * Animar a los alumnos y al resto de miembros de la comunidad educativa a comprometerse en el anuncio del evangelio.
- * Promover iniciativas que hagan crecer la presencia misionera de la Iglesia en la sociedad, fomentando la participación de los cristianos en la vida pública.
- * ...

Alumnos

- * Crecer en la conciencia de que todos somos discípulos misioneros, llamados a dar testimonio público de nuestra fe.
- * Crecer en la coherencia entre fe y vida, para poder ser testigos creíbles en medio de nuestra sociedad.
- * Conocer las diversas tareas misioneras que ofrece la Fundación, la Diócesis, las parroquias, etc., para dedicar parte del tiempo al servicio de algunas de ellas como agente pastoral.
- * Hacer presente el evangelio en el mundo digital.
- * Generar espacio de colaboración y participación misionera tanto con el resto de miembros de la comunidad educativa como con otras entidades eclesiales o seculares.
- * ...

Familias

- * Crecer en la toma de conciencia del papel fundamental que tienen las familias en la misión de la Iglesia.
- * Comprometerse con alguna actividad misionera desarrollada en el seno de la Fundación, la Diócesis, las parroquias, etc.,
- * Impulsar el compromiso misionero en las familias que pertenecen a la Fundación.
- * Incrementar la presencia activa de las familias de nuestros centros en los organismos educativos que impulsan la escuela católica, defendiendo su derecho a educar a sus hijos según un ideario católico.
- * ...



FUNDACIÓN DIOCESANA DE ENSEÑANZA
MANUEL SIUROT